

sas que diría á tener más espacio disponible. Si algún día logro reunir más datos, diré lo que me falta. Y perdone Galdós por esta vez. Puede ser que al verse tan maltratado, ó mejor, tratado tan mal, parodiando al otro, se diga: «¡Dichosos los pueblos y los Commeleranes que no tienen historia!»

GLORIA

PRIMERA PARTE

I

Un distinguido crítico francés lamentaba, no ha mucho, la decadencia de la novela en la literatura de su patria: á las sublimidades del genio ha sucedido el mediocre *savoir faire*; á las grandezas á veces desmesuradas de la inspiración, han reemplazado los primorosos detalles de la habilidad; se han ido los genios de la novela francesa, han quedado algunos talentos; ya no se dice Balzac, Sué, Dumas (1), Hugo; se dice Feuillet, Droz, Theuriet, Cherbuliez (2). Si antes se trataba en este campo de la literatura de todos los problemas más altos, con excesivas pretensiones acaso y solucio-

(1) Ni Dumas, ni mucho menos Sué, son genios de la novela... Tal afirmación era demasiado fuerte para dejarla pasar ahora sin protesta.

(2) Este artículo, escrito hace muchos años, es uno de los primeros del autor, inocente *idealista de cátedra* entonces. Hoy considera novelistas de primer orden á Flaubert y Zola, honra de la novela francesa.

nes extremadas, pero siempre con miras levantadas y dotes superiores, ahora se prefiere un estrecho y modesto círculo, un horizonte limitadísimo para hacer acabadas labores de filigrana, irreprochables miniaturas. Tal autor se refugia, armado de microscopio, en un rincón de un alma, y allí saca á la estampa un museo de curiosidades psicológicas; tal otro prefiere la naturaleza, y corre, con sus lienzos preparados, á cualquier pintoresco lugar de próximo ó lejano departamento, y de allí vuelve con perfectas fotografías; parece que el tono consiste en limitarse; algún malicioso podría pensar que la moda nueva es un pretexto de la incapacidad: véase á Feuillet, pulido, elegante, gran anatómico de espíritus aristocráticos, ¡cómo vacila, cómo tropieza, cómo se derrumba, si de la pura psicología experimental de determinadas razas quiere ó necesita pasar á otras más anchas ó transcendentales esferas! Son preferibles los Droz, los Theuriet con sus novelas *á la Ostade*, llenos de luz... como un gusano de luz, que no alumbra, que no basta para guiar en la obscuridad, pero que al fin es luz, como una estrellita nacida de una flor en los prados. ¿Acusa esto decadencia en el espíritu de la literatura francesa? Es simplemente una mutación de cauce, prevista por la filosofía hegeliana; lo que va sucediendo en toda la historia, también sucede en cada pueblo: primero se piensa con imágenes, después sin ellas; hoy Francia no necesita del arte para interesarse por las cuestiones graves de la civilización.

Renán, por ejemplo, escribe un libro de filosofía,

más ó menos sistemática, y su libro puede hacerse tan popular como una novela de Dumas en su tiempo. —En España hoy todavía, y fuera ilusiones, todo filósofo nace krausista, y por ende, nebuloso y no muy limpio de conciencia: así lo cree el público grande, que es el gran público; lo cree primero porque sí, y luego porque muchos se lo dicen. ¿Quién compra un libro que no se entiende? Los pocos que pueden entenderlo, tampoco lo compran, porque esos saben hacerlos, y si no los hacen, es porque tampoco los venden. El pueblo sabe un poco de filosofía por las discusiones del Congreso; pero allí está mezclada con demasiadas alusiones personales, y siempre se la llama á la cuestión. Consecuencia que saca el pueblo: la filosofía es una cosa que estorba para hacer leyes. ¿Y qué queda? El terreno vastísimo de la amena literatura, y dentro de ésta la dilatada zona de la novela; de aquí no puede desterrar á la filosofía ni el Gobierno. — Se le dice al pío lector: el vago misticismo inspirado por imprudentes enseñanzas engendradoras de orgullo y aspiraciones falsas, ¿sabes cómo se llama? Se llama D. Luis de Vargas. ¿Y sabes cuál es el destino de ese ideal nebuloso que se cree abocado á imposibles grandezas? Pues es el casarse con *Pepita Jiménez*.

Cuando la filosofía se llama *Pepita Jiménez*, no se olvida jamás. Es providencial este florecimiento de la novela entre nosotros; auge y resurrección que nadie pone en duda dentro ni fuera de España. Algunos autores, pocos todavía — pero ya serán muchos, — sintiéndose llenos de fuerzas ade-

cuadas, han emprendido la meritoria empresa de remover y conmover la conciencia nacional, y hablando á la fantasía de nuestro pueblo con poderosas imágenes, llenas de frescura, originalidad y *sabor de patria*, despiertan en él los dormidos gérmenes del pensamiento reflexivo de un sueño de siglos. Porque no hay que olvidar que no toda la filosofía es científica, ni siquiera metódica, ni escolástica siquiera; hay también la filosofía de todos los días y de todas las horas: es el pensamiento moviéndose, aunque no quiera, viendo y juzgando, aun á su pesar: que son los de la razón unos ojos que no tienen párpados, y no hay lo de cerrar los ojos si se trata del alma. España, desde el siglo XVI, no ha dejado de filosofar; lo que hizo fué filosofar de la peor manera posible: tuvo un sistema, á saber: que no se debía pensar. Para este modo de filosofía, que podía llamarse filosofía necesaria, sirven admirablemente las obras literarias, y la novela *tendenciosa* ó filosófica, ó como se quiera, es ahora en nuestro país de gran oportunidad.

La primera filosofía, aun en este aspecto vulgar, es la filosofía de lo absoluto (aunque fuese para negarlo), y así lo han comprendido nuestros buenos novelistas, que por esta razón y otras no menos atendibles y que miran al tiempo actual y á las condiciones de nuestra raza, han tratado el problema religioso bajo uno ú otro aspecto en sus principales producciones. En esta que llamamos filosofía necesaria, la religión es considerada muy pronto, y principalmente, en sus relaciones con

subordinadas esferas. De ello están convencidos los restauradores del género literario á que venimos refiriéndonos, y nada menos que á esa altura han colocado su obra. Alarcón, en su más alabada novela *El Escándalo*, trata el problema religioso en sus relaciones con la conciencia moral; Valera, en *Pepita Jiménez* y en las *Ilusiones del doctor Faustino*, por múltiples respectos, habla de religión con una especie de panteísmo literario; Pérez Galdós, en *Gloria*, la más reciente y la mejor de sus producciones, atiende exclusivamente á la religión. La novela modernísima española ha empezado, pues, por donde debía empezar; no ha podido ser más oportuna: cuando los franceses confiesan que la suya degenera, se empequeñece, notamos con placer purísimo que la nuestra se acrisola, se ennoblece y se levanta... Pero no nos ciegue el orgullo; ellos ya han pasado por aquí: Juan Valjean podría ser abuelo de Gloria.

II

No por establecer comparaciones, más odiosas que en todo en literatura, sino por atender al valor y representación de *Gloria* y su autor en la novela española contemporánea, recordaremos los antecedentes literarios de la obra que debe ocuparnos. Mientras Pérez Galdós escribía sus *Episodios nacionales*, pudo con justicia la crítica española y extranjera elogiar su talento, que era mu-

cho, señalarle como uno de nuestros mejores novelistas; títulos sobrados tenía para ello sin salir de los límites que él mismo parecía haberse trazado; nadie podría negarle aptitud para más altas empresas; acaso meditando mucho en sus *episodios* se vislumbran ráfagas de genio superior, profundidades de su pensamiento, que pronto desaparecían á la vista, tal vez porque el escritor juzgaba que *non erat hic locus*; pero tampoco se podía, en rigor, atribuir á tales obras la importancia y transcendencia (1) de otras novelas que, coetáneas, aparecían en nuestra patria, abordando unas resueltamente la cuestión religiosa y moral, y otras, aunque de soslayo, con más profunda intención, los más arduos problemas de ese orden. Por la utilidad inmediata de los *Episodios Nacionales*, por la novedad y oportunidad del intento, por la felicidad del desempeño, ya muchos colocaban á Pérez Galdós sobre todos: tal lector, cansado de leer novelas alemanas, inglesas, francesas y norteamericanas, llenas de arduos problemas morales, psicológicos y hasta teológicos, volvía con placer, y como por descanso y solaz, la fantasía á estas ricas, frescas y salpimentadas narraciones, y hallaba más sabrosa su lectura que todas las filosofías del mundo más ó menos entreveradas. Mas si esto sucedía á unos pocos, la mayor parte de

(1) Otro error. Los *Episodios Nacionales* valen como lo que más valga de cuanto se ha escrito en España en nuestro tiempo.

los lectores, que no saben alemán, y aunque lo sepan, quieren pensar en español, necesitaban una novela también nacional; pero que tratara esas cuestiones cosmopolitas, *católicas*, que son la esencia de la vida. En atención á esto, los *Episodios* no estaban á la altura de otras obras. Alarcón daba *El Escándalo* á la stampa, y el espíritu público, entonces como ahora muy atento al orden de ideas que esa obra inspira, apoderóse de ella con avidez, y se leyó y se comentó por todos. Fué un acontecimiento en la literatura. Pero dentro del problema religioso moral, ¿qué representa *El Escándalo*? La solución del pasado, y con fórmula bien concreta y conocida: el jesuitismo. El Padre Manrique, un jesuíta, es providencia de la obra y convierte y purifica al librepensador Fabián Conde, un librepensador que seduce marquesas, casadas, y engaña á niñas inocentes. Bien conoce el Padre Manrique, según lo expresa con sonrisa desdeñosa, las obras de Kant, de Hegel, de Büchner (¡primoroso salto!) y *tutti quanti*, y por consiguiente, no necesita decirle Fabián de dónde saca su irreligiosidad y anejas fechorías. Nada importa todo esto para que la novela de Alarcón sea notable; lo es, y de interés sumo. Si el arte podía darse por contento, no así los intereses más caros de nuestra civilización. Los partidarios de la tradición y de la autoridad estaban de enhorabuena; tenían un novelista filósofo *transcendental*, que resolvía los más apurados casos de conciencia con el criterio de Loyola y simbolizaba el librepensamiento en un mozalbeta aturdido, calave-

ra... aunque de buen corazón; un corazón tan bueno, que le llevaba, después de mil tropiezos, al redil santo, abdicando de mil errores que no tenía, porque en realidad Fabián Conde había pensado poco en las cosas de allá arriba. ¡Fácil triunfo! Pero si los jesuitas nos llevaban un compañero que no merecía en realidad rescate, tomaba el desquite D. Juan Valera, que engalanando con mil afeites y cosméticos del misticismo más deslumbrador á la sin par *Pepita Jiménez*, bien alcoholada con ensueños de la gloria, la presentaba seductora, irresistible á los pasmados ojos de don Luis de Vargas, inverosímil seminarista, conquista preciosa que con armas y bagajes se pasaba á nuestras filas, abandonando por siempre las aéreas moradas y escalas místicas. Mucho salimos ganando: Fabián Conde era el peor de los librepensadores, no lo era en rigor; Luis de Vargas era un colegial, de tan bueno, imposible. Mas no todo era ventura: si Valera llevaba indiscutible ventaja á Alarcón en la profundidad de las concepciones, en el alcance de sus miras y hasta en los recursos del arte; si era también cierto que se colocaba enfrente del tradicionalismo, no era, por desgracia ó por fortuna, bien definida su actitud. Valera es así: va con el pensamiento y con las consecuencias de sus creaciones muy lejos, acaso demasiado lejos, pero no quiere manifestarlo en sus palabras; hasta pretende que no nos demos por enterados: si se le dice que *Pepita Jiménez* significa tal cosa, lo niega; asegura que no es más que la historia de una viuda que se llamaba así. Es claro que no lo cree-

mos, ni él lo dice para que se le crea. Pero esa reserva, esos circunloquios, si acaso sirven para hacer más picantes sus obras y sublimar con el misterio el pensamiento del autor, le dañan por otros lados, porque pierde en diafanidad y precisión y se enajena la simpatías de muchos espíritus francos y graves. Ni siquiera nos atrevemos á desear que Valera borre estos lunares en sus escritos; tal vez el encanto inefable que produce el conjunto se debe en mucho á esa manera del autor de *Pepita Jiménez*, no queramos disipar el encanto. Además, es innegable que Valera ha llegado muy adentro en los *subterráneos del alma*; y como él no puede llevar el sol consigo, ¿qué mucho que allí no vea del todo claro?

Pero si nos es lícito, y hasta obligado, celebrar la aparición de otro escritor de no inferiores vuelos, que sabe y quiere sin ambages, perífrasis ni pretericiones, colocarse en nuestro campo enfrente del enemigo, peleando por una bandera conocida y desplegada á todos los vientos: este escritor es el inspirado autor de *Gloria*.

III

De Orbajosa (1) á Ficóbriga media gran distancia; Orbajosa, la ciudad episcopal metida en el

(1) Lugar de la acción de *Doña Perfecta*. Véase acerca de esta novela un artículo de *Los lunes de El Imparcial*, del Sr. González Serrano.

corazón de España, representa el fanatismo de nuestro pueblo en todo su horror, sin atenuaciones, acompañado de numerosos satélites que nunca dejan de seguirle: la hipocresía, la fiereza, la tenacidad, la ignorancia presuntuosa y otras malas pasiones; allí vive el fanatismo tal como es, tal como le han hecho en la historia las causas de que se origina.

Doña Perfecta es la más real figura, el tipo de nuestra mujer fanática, cuando en su aberración nadie hay que le vaya á la mano. En Ficóbriga, villa risueña junto al Cantábrico, el negro fantasma ha desaparecido; el fanatismo, si existe, es vergonzante; en vez de aquellos sombríos personajes, como el penitenciario, Caballuco, Doña Perfecta, se nos presenta una familia ilustrada, de buen tono, de agradable trato, de sentimientos elevados y caritativos sobre toda comparación. Los Lantiguas son unos cumplidos caballeros. Don Angel Lantigua, obispo allá en Andalucía, es la mayor gloria de Ficóbriga y un verdadero pastor de almas; jamás olvida que lleva el cayado en la mano. El *pasce agnos meos* resuena sin cesar en sus oídos. Su hermano D. Juan es un ilustre sabio, jurisconsulto, orador y una de las mejores plumas puestas al servicio de la causa tradicional. Sus ocupaciones en esta vida, abandonados ya el bufete y el foro, se reducen á escribir una obra monumental y educar en el temor de Dios á Gloria, que no tiene madre, y concentra en su padre y en su tío el obispo, todos los afectos humanos de su alma. El autor nos ha pintado *con amore*

esta familia. Si en D. Juan se nota alguna fatuidad, semejante falta, casi imposible de evitar en su género de vida, queda borrada por mil cualidades excelentes. El sello común, lo que imprime carácter en esta familia, es la religiosidad; pero, repetimos, nada de fanatismo, á lo menos en el sentido vulgar y corriente de la palabra. Los demás personajes de la *parte de acá*, es decir, españoles, católicos, son todos secundarios: el cura, D. Silvestre Romero, natural de los Picos de Europa, sacerdote por conservar las rentas de ciertas capellanías, no es un modelo de párrocos, pero sí un hombre franco, noble, y que se atrae universales simpatías; pescador y cazador por vocación, tiene en su poder los medios y artificios suficientes para concluir con toda la fauna de mar y tierra; es también gran cazador de votos, y en odio al parlamentarismo, pone en juego todas sus trampas para dar la victoria á D. Rafael de Horro, candidato á la mano de Gloria y á la diputación á Cortes por Ficóbriga, todo en beneficio de la santa causa de la religión. D. Rafael, de quien no volveremos á hablar, es ya un personaje repugnante; el D. Jacinto de *Doña Perfecta* un poco medrado; pero su papel en la novela es casi insignificante, si bien está trazado de mano maestra. D. Juan Amarillo, Harpagón cristianísimo, beato forrado en amuletos de oro, es un hipócrita repugnante, mero instrumento en la fábula. Se ve claramente que el autor ha querido representar las ideas que van á luchar en su obra, por medio de espíritus levantados, dignos de ellas, no por caracteres rebaja-

dos, pervertidos, á cuyas malas pasiones pudiera atribuirse la catástrofe que ha de sobrevenir.

El preludio de esta catástrofe es una tempestad: entre relámpagos, traído por un rayo, pudiera decirse, entra en el hogar tranquilo y cristiano de los Lantiguas, Daniel Morton, el primer náufrago del *Plantagenet*, el Mesías del corazón de Gloria, un judío.

Gloria le esperaba hacía mucho tiempo; muchas profecías habían hablado en su corazón del amante que se acercaba; pero aquella niña espiritual, de viva imaginación, de pensamiento sutil y levantado, que por obediencia y sumisión procuraba sofocar en su alma gérmenes infinitos de ideas y sentimientos superiores; aquella niña que abandonaba los libros porque su padre temía en ella el prurito de juzgar, la fiebre del discernimiento; aquella niña, en fin, que cuando Morton se le aparece, es «como un ave que tiene las alas cortadas», al despertar para el amor, despierta á mil dolores, á sobresaltos y amarguras sin cuento, porque de nuevo le crecen las alas, la voz de la rebelión le grita de nuevo en los oídos: «levántate, piensa, sublévate.» ¡Pobre Gloria! Ella, tan religiosa, tan católica, apenas empieza á amar, en cuanto tiende el vuelo por las regiones sublimes... cae, sin quererlo, en la herejía; su tío el obispo nota, horrorizado, que Gloria se halla en pleno latitudinarismo. Pero ¿por qué? ¿En qué consiste mi error?, pregunta con espanto la niña. ¡Ahí es nada! Amar á un hereje (entonces no se sabe todavía que es judío), y, lo que es peor, pretender amarle en Jesús; pen-

sar que todos pueden salvarse profesando con sinceridad una religión, sea la que sea... ¡latitudinarismo!, ¡herejía! Aquellas ideas que á Gloria le parecen tan religiosas, tan puras, tan sublimes, están condenadas terminantemente en las Encíclicas *Qui pluribus* y *Singulari quadam*, en las Alocuciones *Ubi primum*, *Maxima quidem*, y, por último, en las Letras apostólicas *Multiplicis inter*. ¡Qué horror! A pesar de tantos latines y tantas condenaciones, Gloria no puede desechar aquellas ideas que ha despertado en ella el amor de un hereje; matará el amor mismo, pero las ideas no puede. ¿Cómo, si son medula de su pensamiento, si son ella misma? El obispo, que es un santo, transige en todo menos en esto, no concibe que así se rebele la razón de su sobrina, tan dócil hasta aquel día. Lo que hace Gloria por amor á su padre y á su tío, es callar en adelante, fingir una sumisión de su inteligencia que no existe; ellos se dan por satisfechos; creen que aquella docilidad es obra de la gracia. Por un accidente, vuelve Daniel Morton; vuelve en otro día de tempestad; ahora el rayo cae sobre la casa de Lantigua. Gloria, que ya ha sido hipócrita por debilidad, sucumbe; al ángel se le rompen las alas; se ha combatido en ella la herejía, no la pasión que se daba por muerta, y, hereje apasionada, Gloria ve su honra en los brazos del infiel, de un judío. No basta eso; el último estrago de la tempestad es más horrible; el último rayo estalla sobre la frente del padre amoroso. D. Juan de Lantigua sucumbe al dolor de ver á su hija deshonrada por un judío. Guerra de

titanes, que diría Víctor Hugo; cada uno de estos grandes personajes lleva lo absoluto en su alma, y el choque tiene que ser pavoroso, y la catástrofe inmensa. Aquí ningún hombre tiene la culpa de nada; tienen la responsabilidad las ideas: por eso juzgamos esta obra de gran importancia, á pesar de sus modestas apariencias. El Sr. Pérez Galdós desarrolla en el escenario de un idilio, una tragedia de la fatalidad más espantable, más ciega; una fatalidad que llega á los espíritus. ¿Qué familia católica podrá presentarse más ilustrada, más sinceramente religiosa que esta de Lantigua? D. Angel es un bienaventurado; D. Juan, aunque más humano, está lejos de ser un fanático vulgar; es un hombre de convicciones arraigadas y pulidas con el estudio; Gloria es un alma purísima de belleza celestial; Morton es un dechado de virtudes y nobles cualidades, tan profundamente religioso como Gloria y los suyos; por eso mismo, porque todos son fieles representantes de sus doctrinas, encarnaciones de su credo, la catástrofe es inevitable, lógica y de grandísima enseñanza. Aquí está el principal mérito del autor, mérito insigne: la realización de su obra nada ha quitado al primordial pensamiento; en el producto artístico se transparenta la idea con toda diafanidad, sin una sola mancha. A esa armonía del fondo y la forma es á lo que debe aspirar el artista que busca la belleza. La mayor parte de las veces los poetas que personifican un ideal ó individualizan una cuestión de la vida social, religiosa, etc., pretendiendo probar algo, pierden el tiempo y el trabajo, porque

el ejemplar escogido es defectuoso. Fabián Conde, el protagonista de *El Escándalo*, no es la personificación digna y exacta del hombre del siglo, del librepensador, como ya hemos notado; el doctor Faustino, carácter completo y trazado con gran habilidad, también degenera y deja de representar lo que el autor se había propuesto. Pérez Galdós ha logrado en este respecto (el principal tratándose de lo que se trata) la mayor victoria; la concepción de esta novela, que se llama *Gloria*, es muy grande, muy bella, muy importante; el desempeño, lleno de dificultades, ha sido felicísimo, casi diríamos perfecto.

Esta buena fortuna del Sr. Pérez Galdós redundada, no sólo en bien de su fama y de la belleza de su obra, sino de la idea que defiende el novelista con tanto denuedo. En *Gloria* hay una lógica inflexible, que nace de la verdad de la idea en que se inspira y aparece merced á la sabia conducción del pensamiento, que ni un momento se oscurece ni mezcla con elementos extraños. Esa lógica puede originar dolorosos, pero saludables combates en muchas conciencias, si se paran á meditar las enseñanzas de la novela que examinamos.

Yo no sé si habrán sido análogas reflexiones las que han llevado á un ilustre crítico á la afirmación categórica de que *Gloria* es una de las mejores novelas españolas contemporáneas; de todos modos, mucho nos lisonjea el hallarnos conformes con la opinión de tan autorizado escritor.

IV

Si no nos sintiéramos ya temerosos de haber cansado la atención de los lectores, podríamos emprender ahora, explicado el que nos parece principal pensamiento, la análisis literaria de esta obra. Sin detenernos en tan vasta materia, sí diremos que el Sr. Pérez Galdós ha sabido ayudarse en el desempeño de su trabajo de todos los elementos que podrían enriquecer su pensamiento y darle relieve. Es *Gloria* un cuadro de tan acabados términos, de toques tan inspirados y oportunos, tan discretamente pensado, con tal gracia concluido, que sería difícil quitar ni poner cosa alguna. De los caracteres ya hemos hablado, aunque sólo lo preciso para hacer comprensible la idea principal. Gloria, nunca bastante admirada, es el tipo de belleza femenil más hermoso que ha engendrado la fantasía de nuestros novelistas, y superior, sin duda, á otras muchas heroínas ya célebres en nuestra literatura contemporánea. Aquella niña que siente dentro de sí algo que es acaso el genio; que quiere someter á la autoridad su conciencia y no puede, y que arroja los libros por no juzgar, y sigue juzgando de todo con fiebre de discernimiento; aquella alma enamorada sin saber de qué, pero que al fin

Ve cuajarse en el viento su esperanza,

y amante y correspondida, promete sofocar su amor, porque también la autoridad lo exige, y que necesitando amar algo, vuelve su corazón del lado de los recuerdos y adora en la memoria de los hermanitos muertos; esa Gloria, que á todo renuncia menos á pensar la verdad y hacer el bien, águila enjaulada como mísera avecilla, víctima, en fin, de uno de esos grandes errores que viven en la historia siglos y siglos, porque viven respetados; esa Gloria, que cada cual quisiera encontrar en su camino para llenar vacíos del corazón que pocas veces se colman, es perfectísima imagen de la mujer más pura, más noble, de la mujer digna en su pensamiento, como en su cuerpo, como en sus sentimientos. ¡Y Gloria, sin saberlo, llega á ser hereje y contumaz, y por consiguiente, indigna de la absolución del obispo, aquel santo implacable, que tiene caridad ardiente para todas las cosas, menos la más grande, la conciencia! ¡Gloria hereje! Fuerte es la lección, pero profunda y saludable la enseñanza.

Daniel Morton, el judío, está sin duda llamado á desarrollar más su carácter en la parte segunda de la novela, que aún no conocemos, pero ya en la primera se presenta como espíritu digno del amor de Gloria: Morton ya no es, como el ingeniero en *Doña Perfecta*, indiferente en religión, librepensador secularizado; es tan sectario como Gloria, y aunque tiene la tolerancia exterior de las formas, es intolerante como un rabi en el fondo de sus creencias. El autor ha escogido la religión judaica para Morton, porque así el conflicto es mayor, la

dificultad de la avenencia insoluble, dentro de los respectivos credos: además, el tipo posible, verosímil, real, de un librepensador intransigente en materia de conciencia, que ni por fórmula se atempera á las exigencias del catolicismo, ofrecía mayores dificultades, porque para muchos tal personaje es un mito, y, sobre todo, los esfuerzos que se le exigen en la sociedad del día son tales, que si ha de vencer en la lucha, donde él combata no puede haber otro héroe superior ni igual: en la novela *Gloria* no cabía el personaje que indicamos, y así el autor ha hecho bien en no obscurecer la figura de su protagonista con otra concepción de más fuerza. El Sr. Pérez Galdós cuenta con facultades bastantes para escribir la novela de ese hombre de cuyos combates en la vida dió un bosquejo el Sr. A... en su *Minuta de un testamento*.

Merecerían artículo aparte la composición de *Gloria*, la traza del plan, la profundidad y hermosura de los pensamientos, el movimiento y vida de las escenas, que, sin perder un punto el interés, se suceden, ya graciosas, ya patéticas, ya tiernas, ya sublimes.

El lenguaje es natural, puro, sin afectación de ningún género, y revela en su autor un espíritu franco, noble, varonil, apasionado, tierno; pero si hace falta, sutil, observador, satírico. Es un vicio, por desgracia muy común en nuestros escritores, el amaneramiento; aun los más expertos y concienzudos se dejan arrastrar por el demonio de la afectación. Pérez Galdós, acaso el único, se ha librado de esta lepra general. Si alguna vez se quiso atri-

buir esta ventaja á frialdad, palidez, pobreza de estilo, ¿quién ahora se atrevería á sostener otro tanto? Pérez Galdós debe su naturalidad, que ha de contribuir no poco á la vida de sus obras, no á la inopia, á la rectitud y seriedad de su talento y de su corazón. Sin preciarnos de médicos del alma, nos atrevemos á asegurar que este ilustre ingenio se halla exento de ciertas debilidades y achaques que suelen ahogar en flor muchas esperanzas de las letras. Un escritor que con tan claro talento, con tan sano criterio y con tan altas miras se consagra, denodado y decidido, al servicio de la justicia, de la verdad y de la belleza, es ya *gloria* de las letras y adalid de la civilización.

La verdad y la belleza: este era el lema del insigne autor de *Guillermo Meister*; el autor de *Gloria*, peleando bajo tal bandera, acaba de conquistar sus mejores laureles.

SEGUNDA PARTE

Gloria sabe sentir como ninguna, pero también sabe pensar; y esta es su desgracia en esta vida, es decir, desgracia relativa á los bienes de la tierra. Si no hubiese pensado, según hacen la mayor parte de nuestras mujeres, dicho sea sin ofensa del sexo, no se habría visto martizada por la persecución fanática doméstica, de que acaba por ser víctima.

No se extrañen los lectores si hablo de *Gloria*

como si la hubiera visto...; sí, merced al genio de Pérez Galdós, la he visto llorar; es más: la he sentido llorar esas lágrimas que corren por dentro, como dijo el poeta.—¿Quién no ha visto á Don Quijote? ¿Quién no conoce á Sancho Panza? Pues sin que yo caiga en exageraciones, tal vez disculpables en el entusiasmo del momento, me atrevo á decir que *Gloria* es de la misma raza de esas ficciones realísimas, tan acabadas obras del arte que, como el *Verbo*, encarnan y viven entre nosotros.

Por eso mismo, porque me he interesado por *Gloria*, porque la miro como á una hermana querida (ojalá yo fuera digno de serlo suyo), hermana á lo menos de mis ilusiones, salgo á su defensa con todo el ardor de que soy capaz, para sincerarla de ciertos cargos. Se ha dicho que *Gloria* es una especie de Heautontimorumenos, ó atormentador de sí mismo, y que en parte labra ella su propia desgracia. ¿Por qué? ¿Porque su conciencia le grita que debe someterse á la autoridad y apagar los gritos soberanos de su espíritu rebelde? En esto *Gloria* no hace más que cumplir con su deber; ahora, si lo que la autoridad religiosa, la social, la familiar le imponen es el mal, la injusticia, el error; si la autoridad es fanática y despiadada (no malevola), ¿qué culpa tiene *Gloria*?—Que aparte de la autoridad externa, también la autoridad de su conciencia, hasta cierto límite, le señala la misma conducta como necesaria...; pero de esto mismo tampoco es responsable *Gloria*; la educación ha hecho todos esos estragos en el alma de aque-

lla niña, cuyo natural elevado, capaz de grandes ideas, se ve pronto combatido y desvirtuado por la acción del medio deletéreo en que vive, y luego por la fuerza de circunstancias aterradoras, que ya no dejan lugar á la independencia del espíritu, que aceleran con los sucesos los pensamientos, y en vez de reflexión piden abnegación... y muerte. En la primera parte *Gloria* da bien claras señales del valor de su pensamiento; como su padre no la contenga, llegará á ser una Hipatía; el amor viene á reforzar la energía del genio, y tan valiosa ayuda, tratándose de una mujer, podrá llevar á *Gloria* á las mayores grandezas. Pero todos recordamos lo que pasó: dos catástrofes terribles, la de su honor y la de su padre, efectos más ó menos directos del fatalismo de falsa religiosidad, sumen á la pobre niña en la tristeza eterna: como ella misma ha pecado, ya no encuentra en el fondo de su alma el valor necesario para resistir á tantas injustas influencias. ¿quién es ella para erigirse en juez de tan grandes cosas como son los dogmas de una religión, las costumbres de la sociedad y los consejos de la santidad experimentada en los duelos de la vida! No; en la segunda parte, después de la *caída*, *Gloria* ya ni trata de resistir; todos tienen razón menos ella; ya no reflexiona; con la ceniza en la frente, no se cree digna de medir su pensamiento con el pensamiento ajeno, con la autoridad que tiene por divina. Ella no ve, no puede ver, que su propia culpa, en lo más, no es suya, sino de aquellas mismas influencias que le parecían tan respetables.

No es que haya cambiado el carácter de *Gloria*; *Gloria*, encadenada, no podía, verosímelmente, continuar inalterable, como Prometeo, que era un titán; *Gloria*, al fin, es mujer, casi niña, débil, y las fuerzas que luchan contra ella inmensas, terribles, implacables. En este combate la victoria material tenía que ser del más fuerte, no del más justo. Sin embargo, lo que la niña no hace lo hace la madre, y si bien ésta vacila y está á punto de sucumbir (que tanto puede un falso ideal aun contra la naturaleza), al fin vence, y vence ayudada por elementos puramente fisiológicos; si: la *natura naturans* ayuda á la causa de la razón, y *Gloria*, con fiebre, con delirio, casi vidente, abandona dos veces el lecho, y en vez de caminar al convento, según lo prometido, va á Villamores, donde está Jesús, el hijo de sus entrañas. En la segunda *huida* el esfuerzo supremo acaba con la existencia: *Gloria* se muere, pero muere lejos de los fanáticos, en el seno de los amores naturales, del amor de esposa y del amor de madre. Estar sola con su esposo y con su hijo: esto ansiaba *Gloria* á la hora de la muerte. ¡Cómo entonces su espíritu enérgico y sublime vuelve á aparecer! Una luz de ultratumba disipa las tinieblas de su conciencia, mixtificada por los piadosos sofismas: vuelve á ser la *Gloria* que *tenía fiebre de discernimiento*, y ahora ve más y mejor, y profetiza, y olvidada de que cae en herejía, dice las palabras más divinas que pueden brotar de labios de mujer.

¡Ah, Sr. Pérez Galdós, y lo que usted hace pensar y sentir y llorar con esa *Gloria* que para glo

ria suya le han inspirado los ángeles, los verdaderos ángeles, que no tienen alas ni trompetas, ni mucho menos patas, ni se aparecen en Logroño, sino que invisibles, espirituales, van de conciencia en conciencia anunciando la *buena nueva* del pensamiento libre, del amor universal á los hombres de buena voluntad de todas las razas y de todas las religiones!

¡Y dicen que nuestra literatura decae! No; una literatura que tiene nombres como Castelar, Echegaray y Pérez Galdós, no decae, renace.